

LA VERDAD SOBRE "EL CABALLERO DE PARIS"

Una hoja de billetes marcó el inicio de su demencia

Un reportaje humano y cordial
Por JOSE QUILEZ VICENTE
(De la Redacción de ALERTA)

— II —

El gesto de rebeldía, del que al correr de los tiempos, se había de

convertir en ese «Caballero de París», que lleva un cuarto de siglo, acaparando la atención por las calles habaneras, trazando la alucinante fantasía en mil relatos caballerescos, aristocráticos, de los cuales se cree eje principal, de aventuras guerreras, lances románticos y sucedidos en que amalgama el delirio, la dulzura y la socaronería, produjo un desconcertante estupor en el reducido círculo de sus amistades y angustiosa inquietud en su tío y hermana... Uno y otra le pronosticaron consecuencias funestas:

—¡Mal camino emprendes, coitadino, apenas llegado a la América!... No es momento de ensoberbecerse ni de querer elegir, si no de trabajar... ¡La altanería es mala compañera! —exclamó el tío con tono seco y gesto agrío:

—¡Ese orgullo no va bien con nosotros, que pobres somos y a trabajar hemos venido de la aldea!... Si te vas de la bodega, ¿dónde encontrarás acomodo? No conoces la ciudad, eres muy joven y los peligros son muchos José, —advirtió la hermana Inocencia.

—¡Ya sé que vine a doblar el lomo, pero no quiero que al mismo tiempo se me doble y pierda la decencia!... No volveré más a la bodega. El trato con borrachos, ni me interesa ni me conviene... En cuanto a los peligros, desde muy niño aprendí a conocer su color... Porque sé cómo son, no vuelvo más a la bodega, —replicó terco José López Lledín.

Y no se habló más del problema, porque el famoso personaje, no era materia fácil a doblegar sus inclinaciones... Aquella misma tarde dominguera, al oscurecer, regresó a la bodega, recogió su modesto equipaje y abandonó el empleo:

—¡Mal haces muchacho, con salir a la ventura, que eres joven y las malas compañías no traen nada bueno!, le dijo el dueño del establecimiento en una última intención por retenerlo:

—¡Ya procuraré apartarme a tiempo de lo que no me convenga o de lo que yo sospecho que pueda atentar contra la decencia que mis padres me han enseñado! —respondió llano y tranquilo el mozo recién llegado de la aldea gallega de Villaseca...

Pisaba terreno firme en su argumentación el hijo segundo del «Neño de la Corredoira»... Era un

hombre a pesar de su corta edad. No había tenido tiempo de ser niño, ni de corretear por los campos buscando nidos de jilgueros, apedreando a los canes rabilargos y trahumantes o saltando las talanqueras de los huertos a caza de fruta a medio madurar... Apenas pudo sostener la azada, salió con el padre y los hermanos a cuidar de la humilde herencia rústica de la familia y aprender a ganarse el pedazo de pan de cada día... Poco había leído en su afán de saber, pero sí lo suficiente para recelar, que todo el que se ampara en los pocos años y en las malas compañías para justificar las propias granujerías no tiene muy firmes los cimientos de su honestidad...

Y aquella noche, por su libérrima voluntad, José López Lledín se manumitió de la tutela familiar e independizó sus inclinaciones, que eran las que habían de marcarle la ruta de las cosas buenas o malas que en adelante realizara...

¡POR EL CAMINO RECTO, IBA UN HOMBRE!

Cuando la semilla es de calidad y el labrantío de buena tierra, la cosecha tiene forzosamente que rendir excelentes frutos, si la mano del destino, no aplasta sobre ellos la maldición de un pedrisco... Igual sucede con las buenas criaturas que desde la infancia emprenden el camino del trabajo, la disciplina y la honradez... Eso es lo que le aconteció al hoy «Caballero de París»... Todas las referencias nos lo han confirmado... Nadie recuerda nada desagradable de él... Aun en estos años en que se convirtió en un peregrino de la locura y llevó a cabo las mil extravagancias, nunca en ese mundo de las sombras en que se desvuelve su delirio sintió la comezón de la bellaquería... Jamás su espíritu atormentado por la sinrazón lo llevó ni tan siquiera a rastroar por las lindes del Código Penal. Su nombre no fué registrado en papel de oficio, ni sus manos que se creen augustas y señoriales se distrajerón en el más leve desmán... La socorrida triquiñuela de los vagos o desaprensivos que por bañarse en la holganza no sienten el trillazo del rubor al provocar la conmiseración ajena en demanda de la limosna la ensayó, ni en sus momentos de más hambre, el famoso trotacallejas... Por el contrario; antes y ahora, rechazó cortés pero enérgico y decidido las monedas, que aplacan la miseria pero que denigran al que las acepta... Y si eso hace en esta etapa de su vida, que es una perpetua tragicomedia, con intermedios de drama angustioso y de sainete en el que rien los espíritus embrutecidos y tiemblan de emoción las almas abrazadas al sentimiento, qué no haría el mozo de Villaseca, cuando estaba en plena juventud y su naturaleza era fuerte y la controlaba un pensamiento que no había sido todavía zarandeado por la demencia...



Así fué en efecto. José López Lledín, sin atemorizarse por su inexperiencia pueblerina, luchando con el ambiente que le era totalmente desconocido, debatiéndose con la necesidad, huérfano de toda reserva económica, sin más patrimonio que el día y la noche, comenzó a recorrer ese camino recto, que sólo siguen los hombres muy hombres, aunque no hayan hecho más que asomarse a este pícaro mundo, que alguien con un extraordinario bagaje de psicología intuitiva denominó «valle de lágrimas».

¿Qué hizo aquel niño-hombre que tan pronto empezaba a crearse asperezas y a echarse sobre los hombros, no muy fornidos, la responsabilidad de una existencia en la cual, para que fuese perfecta, había de hermanar la moral y la ineludible necesidad de comer todos los días...? Lo natural, que a fuerza de ser vulgar algunas veces se convierte en sublime: trabajar; buscar con ahinco, sin desmayos, la senda que había de conducirlo al bienestar material que allá en la aldea, mirando los verdes prados que se perdían en la lejanía, soñó en infinitad de momentos en ligeros descansos en los cuales, abandonando los aperos rústicos de abrir la tierra, devoraba cuantos libros se ponían a su alcance.

No creas, lector amigo, que esa figura que a muchos les parece grotesca y absurda y al cronista se le asemeja la estampa dramática de la dolorosa frustración de una vida que quien sabe si hubiera llegado a la cima de la gloria, estuvo siempre aderezada con ese enmarañado bosque de cabellos más enloquecidos que su propia razón, y esa barba arrancada de un lienzo de Velázquez. No. José López Lledín, antes de transformarse en «El Caballero de París» fué un muchacho de estilizada figura, de simpáticos rasgos en aquel rostro abierto, campechano y leal, de ojos vivos, ademán restelto y carácter afable, servicial y correcto. Las propias lecturas de su infancia fueron creando, acaso sin él darse cuenta, una recia personalidad que sabía distinguir lo tosco de lo pulido, la ignorancia del saber y la lealtad de la bellaquería.

Sin titubeos, con paso firme, tratando de poner en su rostro infantil la seriedad de un hombre que tiene pleno concepto de la responsabilidad, sin usar de malas artes, el mozo gallego se enfrentó con su propio destino. Y trabajó, primero en todo aquello que estaba acorde con su delicada sensibilidad. Fué dependiente en una tienda de flores, en una librería, en el bufete de un abogado, pero eran ocupaciones que fatigaban en extremo y producían poco rendimiento. Alguien, al ver los modales casi exquisitos de José López Lledín, le apuntó el camino de buscar puesto en casinos, hoteles o restaurantes acreditados y lujosos. No era la servidumbre labor que agradase al galleguito de Villaseca. Pero la realidad de su cuadro de resistencia le hizo plegarse a ella, quizás esperando mejores tiempos en los cuales deslizarse a nuevas empresas de ancho acomodo para aquel barniz de intelectualidad de que muchos se mofaban y él acumulaba sin descanso.

Puede decirse que hay hoy una media generación de personajes cubanos que brillaron en los grandes círculos habaneros, en el mundo de la política, de las letras, de las finanzas y de las armas, que saborearon el placer de verse servidos por esa triste figura de hoy que todos conocemos por «El Caballero de París». Durante cinco años su silueta diminuta, encerrada en impecables uniformes, fué vista con agrado y simpatía, desenvolviéndose con soltura y amabilidad, en todos los comedores y salones de casinos, clubes y establecimientos de lujo de la capital. Cuando alguien quería una mesa bien atendida en la que nada tados, requería el concurso del mozo gallego, que jamás defraudó a sus opulentos clientes. Y como era callado, ocurrente, servicial y sabía poner a tiempo una frase galana en una réplica, comenzó a ganar dinero. Los, para él, cuantiosos ingresos no lo malearon; por el contrario, periódicamente hacía envíos a los viejos, atendía a las honestas diversiones de la hermana Inocencia los domingos y aún le sobraba para adquirir buena ropa y calzado con que engalanarse cuando las horas de su descanso le libraban del uniforme con que había de enfundar su humanidad. Era alegre, pero no dislocado. Le gustaban las fiestas pero no las orgías. Sabía saborear un buen tabaco sin esclavizarse en el vicio. Guñaba maliciosamente su mirada al cruzarse con una hembra arrogante, pero no extraviaba su juventud lanzándose por los riscos resbaladizos de aventuras en las que el deseo de la carne trae a los hombres peligros y situaciones de catástrofe...

CUANDO NADIE LO ESPERABA

La época más feliz de José López Lledín fué la de 1914 a las postrimerias del año 20. Posiblemente, en sus ratos de lucidez recuerde ahora con melancolía aquellos tiempos que pasaron. Domó su juventud, la encerró en el marco sano y agradable de los hombres cabales que buscan en el trabajo la liberación de sus preocupaciones materiales. Por aquel tiempo del verano de 1920, José López Lledín vivía en un modesto cuarto de cierta casa de la calle de Zulueña, que el inquilino, un viejo desconfiado y cascarrabias que se dedicaba a la venta de revistas y billetes de lotería, le había alquilado. Las relaciones entre el viejo y el joven eran normales. José pagaba puntualmente su alquiler, no daba guerra y sólo estaba en el cuarto a las horas de descanso.

Mientras así discurría la existencia del mozo gallego, muchos motivos de alegría le proporcionaron los tiempos; ganaba buen dinero; ayudaba a los viejos; y era querido por cuantos le trataban. A este caudal de satisfacciones fueron acumulándose las que comenzaron a proporcionarle hermanos y hermanas que periódicamente arribaban a las costas cubanas desde la aldea de Villaseca, a conquistar la América, como Ino-



3

cencia y como él. En La Habana se reunieron seis de la familia del Neño de la Corredoiira; tres hombres y tres mujeres, todos hermanos. Y no fué circunstancialmente, porque hoy todos ellos viven, trabajan y se defienden honestos y pacíficos en esta ciudad de San Cristóbal de la Habana. Son cinco a preocuparse y angustiarse por la locura del infeliz Caballero de Paris.

Pero la fatalidad tenía marcado el final de las alegrías de José López Lledín. Cierta día del mes de septiembre de 1920, el viejo compañero de vivienda del mozo gallego, se revolvió contra él no se sabe si por celos de haber sido víctima de una trastada o corroído por la envidia de ver a José en el camino de un triunfo seguro.

Sin tener presente la conducta intachable de su compañero durante cuatro años de convivencia, su seriedad, su amor al amor y la tranquilidad que se reflejaba en todos sus actos, le acusó ante la Justicia de haberle robado, abusando de su confianza, una hoja de aquellos billetes de lotería con que él, a duras penas, lograba el mendrugo de pan para aplacar el hambre cotidiana.

Cuando José López Lledín se vió en la estación de Policía y acusado de ladrón, pareció que el mundo se le venía encima... Lívido, tembloroso, con los ojos llenos de lágrimas, no acertó más que a exclamar, dirigiéndose al viejo vendedor:

—¡Es usted injusto y cruel...! ¡Yo soy un hombre honrado, incapaz de una fechoría ni de una mala acción!

La emoción y sinceridad de aquellas palabras del mozo gallego no debieron llegar a la sensibilidad de algún jefe de carpeta del departamento policiaco que friamente, sin reparar en la hecatombe sentimental que iba a producir en una criatura, ordenó imperioso a un subordinado:

—Eposadlo y a la cárcel con él. Ya cantará la bribonada que ha hecho...

Y como un muerto vivo, José López Lledín marchó a la Loma del Príncipe, convertido en un espectro de dolor, desesperanza y tragedia.

Aquel día nació «El Caballero de Paris»...

Ya diremos en un próximo reportaje final el drama de esta desdichada criatura que es hoy en las calles de la Habana, motivo de jocosidad para los inconscientes, los ignorantes o los malvados.

Alerta, Sep 19/49

